

demnización de sus rentas perdidas, y Pío IX concedería á sus súbditos libertades provinciales y municipales bastante amplias para satisfacer sus aspiraciones legítimas. Tal fué el programa trazado á grandes rasgos, el 20 de mayo de 1862, en una carta del emperador á Thouvenel y precisado diez días después en un despacho de nuestro ministro de Negocios extranjeros al señor de La Valette (1).

En el fondo era una candidez el creer que la Santa Sede proporcionaría por sí misma á Italia el título que legitimase su conquista. Si, contra todas las apariencias, el papa no desechase el acuerdo, la Italia, bajo el gobierno de un Ricasoli, lo rechazaría duramente, y bajo el gobierno de un Rattazzi, no lo aceptaría sino interinamente, en espera de mejor suerte y con el secreto propósito de tolerar su violación. No hubo necesidad de llevar el arreglo á Turín ni de someterlo al areópago de las grandes potencias. El Sr. de La Valette vió cuatro veces á Antonelli; le expuso todas las ventajas de una transacción, le hizo ver la imposibilidad de restaurar el pasado, dejó comprender sin ambages que el auxilio francés no duraría eternamente y que, en caso de negativa, el emperador podría cansarse de su protección, retirar sus tropas y abandonar el pontífice á sí mismo. El cardenal escuchó, sin interrumpir, todos estos argumentos, y luego desarrolló todas las consideraciones que justificaban la política pontificia: si el Padre Santo consintiese que le garantizaran parte de su territorio, haría implícitamente, por el mismo hecho, abandono de las provincias usurpadas; las potencias firmantes del tratado de Viena trazaron, años atrás, los límites de los Estados de la Iglesia; este título de posesión bastaba y no se quería otro; en cuanto al ofrecimiento de una lista civil, el secretario de Estado lo agradecía mucho y convenía en que tal recurso ayudaría grandemente á su soberano en su escasez de fondos; pero se apresuraba á añadir que la aceptación de una indemnización equivaldría al reconocimiento de la usurpación. Llegando á la cuestión de reformas, el consejo del Padre Santo replicó que Europa había aconsejado ya muchas veces al gobierno pontificio que se corrigiese; á Pío IX le gustaban mucho esos avisos, continuó Antonelli, y cuidaba más que ningún otro príncipe del bienestar de sus súbditos: pero aquellas mejoras administrativas, aquellas innovaciones liberales exigían un porvenir seguro; los Edictos se publicarán, terminaba diciendo el cardenal con tranquila ironía, se publicarán sin duda el día en que el Padre Santo vuelva á ser el amo tranquilo de todos sus Estados.

Así habló Antonelli, con su habitual calma, con esa frialdad perentoria y cortés que evitaba todo rompimiento, aunque desconcertaba un poco. En tales ocasiones era para Pío IX un apreciable intérprete. Con su arte singular, no exento de artificios, eludió la contestación á las preguntas del Sr. de La Valette.

El aspecto exterior de las cosas, lo mismo que las conferencias de la diplomacia, demostraba las miras divergentes de los dos poderes. Durante la primavera de 1862, Víctor Manuel y Pío IX reunieron solemnemente sus consejos, y entonces pudo apreciarse la infranqueable distancia que los separaba.

(1) Véase *Documents diplomatiques*, 1863, págs. 1 y siguientes.

Como la Italia meridional continuaba en la agitación, se habían persuadido de que la presencia del rey fortalecería á los amigos del Piamonte y acabaría de desconcertar al partido borbónico. El 28 de abril, el príncipe desembarcó en Nápoles. En la antigua capital de Francisco II, desplegó todas las pompas oficiales que, en el tren ordinario de la vida, le inspiraban gran repugnancia, pero que sus consejeros le imponían á veces. Nada faltó en el viaje, ni el brillo del cortejo, ni el esplendor de las fiestas, ni la prodigalidad de los favores, ni las aclamaciones del pueblo napolitano, uno de los más bulluciosos de la tierra; y la prensa pudo, sin mentir al menos aquel día, propalar del uno al otro confín de Europa la buena noticia de que el monarca, en Nápoles, era no solamente aceptado, sino popular. La solemnidad de las circunstancias daba realce á las palabras del rey; y en cada uno de sus discursos públicos, como en cada una de sus conversaciones privadas, marcó la voluntad de no detener sus ambiciones hasta el día en que Italia se hallaría reunida toda entera bajo su cetro. ¿En qué venían á parar entonces los proyectos franceses de conciliación? Por temor de perder la protección imperial, Víctor Manuel podría moderar su marcha, variar de consejeros, reemplazar al impetuoso Ricasoli por el insinuante Rattazzi; pero sus ojos no se apartaban de la nota.

El joven reino había celebrado sus fiestas. Al mismo tiempo, la antigua Roma de los pontífices preparaba las suyas. Estas no tenían por objeto consagrar una conquista material: el jefe de la Iglesia dirigía al cielo sus miradas. Tiempo atrás, durante las persecuciones japonesas, muchos valientes cristianos habían muerto por la fe en aquellas remotas regiones. Pío IX quiso que la proclamación de su martirio fuese para todo el mundo católico una solemnidad memorable, y que aquellos humildes fuesen honrados como nunca lo habían sido los soberbios. Con entusiasmo extraordinario, los fieles respondieron al llamamiento del Padre Santo, pues sus desgracias le hacían doblemente sagrado. Grande era también la curiosidad, grande el deseo de contemplar aquellas ceremonias de otras edades y que sin duda no se volverían á ver. A principios de mayo, empezaron á reunirse en el puerto de Marsella toda clase de viajeros: devotos peregrinos que, en el momento de embarcarse, entonaban el *Ave maris Stella*, obispos en tan gran número que hubiérase dicho que se preparaba un concilio, turistas de todo rango y de toda nación, deseosos de ver bien y grabar profundamente en su memoria las pompas supremas de un poder que iba á morir. Todo contribuyó á dar grandiosidad á aquellas últimas fiestas de la Roma pontificia, y más que nada, los peligros de la Iglesia que comunicaban algo de apasionado á las demostraciones de los católicos. Lo que era piadosa ceremonia convirtióse para ellos en manifestación. Con sentidas aclamaciones saludaban á Pío IX pontífice, y con igual entusiasmo á Pío IX rey. ¡Qué confianza no habían de dar al Padre Santo aquellas ardientes demostraciones! En Nápoles, el rey de Italia había publicado sus ambiciones nacionales; en Roma, Pío IX publicó sus derechos tradicionales. En sus alocuciones recordó con marcada insistencia las desdichas de la Iglesia de Italia y particularmente la condición lamentable de los obispos que no habían podido ir hasta él. «Las circuns-

tancias son graves, añadía: pueden llegar tiempos en que ya no podré reuniros como hoy y dirigiros mi palabra, en que ni siquiera me será ya posible hacer llegar hasta vosotros mis instrucciones y mis enseñanzas.» Así se expresaba Pío IX, más triste que asustado, atento á defender la herencia de sus antecesores, y tan resignado á sufrirlo todo como resuelto á no abandonar nada (1).

Entre aquellos dos poderes que se apartaban uno del otro en vez de unirse, ¿qué iba á hacer Napoleón? No era fácil discernir hacia dónde le llevaban sus preferencias, tan contradictorios eran los indicios de la política. Había enviado su escuadra á Nápoles para honrar á Víctor Manuel; pero no había que sacar demasiadas consecuencias de aquel acto de cortesía, y, después de todo, la misma escuadra había asistido y honrado en las mismas aguas á Francisco II vencido. El Sr. Benedetti, con todo el personal de su legación, había acompañado al rey en su viaje, y el príncipe Napoleón había acudido de Francia á saludar al monarca. Pero ¿era razonable concebir temores por tales complacencias? El mismo *Monitor* cuidaba de tranquilizar á los católicos: era como particular, decía el órgano oficial, que el príncipe hacía una visita á su suegro, y no estaba encargado de ninguna misión política. El emperador había enviado á Roma un embajador muy desfavorable á la Santa Sede; pero el disgusto era muy atenuado para Pío IX por cuanto el Sr. de La Valette se hallaba generalmente lejos de su puesto, en uso de licencia.

Cuando la corriente italiana dominaba en las Tullerías, anunciaban que el embajador iba á Roma y que el general Goyón, adicto al Padre Santo, iba á ser llamado á Francia. Cuando eran los católicos los que volvían á tener mayor influencia en la corte de Napoleón, se decía que ni La Valette se movía de París, ni Goyón de Roma. Al ver que tantos prelados habían respondido al llamamiento de Pío IX, el gobierno temió en que los *mártires japoneses* fuesen un pretexto y pensó desenterrar las antiguas leyes galicanas; pero volvió pronto sobre su acuerdo y mostró más tolerancia de la que hubiera usado quizá la monarquía. Se recordará que, un año antes, las moradas de ciertos obispos habían sido puestas en entredicho. ¿Qué pensar de aquellas medidas de rigor? Como monseñor Dupanloup había empleado en Roma un lenguaje muy patriótico, el ministro de Cultos, Sr. Rouland, le escribió en términos llenos de gratitud y de felicitaciones, y poco tiempo después fué levantado el entredicho. El partido religioso se quejaba del gobierno imperial, ¡pero qué! Los agentes piamonteses distribuidos en París ¿no se quejaban aún más? De vez en cuando, la prensa oficiosa empleaba un lenguaje amenazador para el Padre Santo; pero ya se hablaba de un periódico nuevo que iba á tener redactores considerables y amos poderosos, y que se proponía defender la política conservadora y el papado. A principios de agosto salió el periódico con el título de *La France*, y muchos católicos proclamaron que acababa de nacer un gran abogado defensor de la causa pontificia. Pero ¿de quién fiarse? Pronto el abogado pareció sospechoso, más enfático que diligente y, sobre todo, obscuro; y la verdad es que ninguno de los perió-

(1) Véase *Alocuciones pontificias* de 24 de mayo y 9 de junio de 1862 (*Le Monde*, 29 de mayo y 16 de junio de 1862).

dicos de la época le igualó en profesar ideas contradictorias. Los síntomas desfavorables se contrabalanceaban, pues, con los síntomas propicios. Si alguna circunstancia creada por la política exterior permitiese cualquier modificación de territorios; si Pío IX muriese, si el buen orden del nuevo reino impulsase sus protectores á sostenerlo, quizá entonces Napoleón se resolvería á activar por la parte de Venecia y por la parte de Roma la conclusión de la unidad italiana. Muy distinta sería su conducta si las persistentes resistencias de los católicos franceses le obligasen á tener contemplaciones, si los largos días de Pío IX desconcertasen sus cálculos, y



Monseñor Dupanloup

sobre todo si las agitaciones de Italia cansasen su benevolencia. En esto, una gran tentativa revolucionaria vino, con toda oportunidad, á desengañar al emperador de su protectora y á asegurar una tregua al Padre Santo.

Mientras Víctor Manuel recibía en corte en Nápoles, mientras los obispos se encaminaban hacia Roma, otro personaje entraba ruidosamente en escena. En el mes de marzo, Garibaldi salió de su retiro y recorrió el Norte de Italia agitando al pueblo. El objeto aparente era inaugurar en todo el reino *sociedades de tiro nacional*. El objeto real era preparar un movimiento revolucionario en las fronteras austriacas. La policía había sorprendido la trama de la empresa, que vigilantes precauciones hicieron fracasar. Garibaldi volvió á su isla y creyóse conjurada toda amenaza de disturbios. Esta seguridad fué de corta duración. En el corazón del verano, el audaz cabecilla reapareció en Sicilia, y esta vez al frente de una partida de voluntarios. Sus proclamas anunciaban sus propósitos: *¡Roma ó la muerte!*, decía, y prorrumpía en injurias contra Napoleón y en imprecaciones contra el ministro Rattazzi, vil complaciente de Francia. El 19 de agosto entró en Catania, desde cuyo punto logró pasar al continente, desembarcando en Melito, en la Calabria meridional. En la corte de Turín la emoción era grande. Si Garibaldi marchaba,

hacia Roma, quizás se entablaría la lucha con las tropas francesas y ¡cuáles no serían las consecuencias del conflicto! Reproducir las complicidades de 1860, hubiera sido la más inexcusable de las faltas. Resuelto á guardarse de toda complacencia, el gobierno decretó medidas enérgicas: ya se habían enviado importantes fuerzas á Sicilia; y al tenerse noticia del desembarque en tierra firme, nuevas tropas fueron lanzadas en persecución del aventurero. Este vivaqueaba en la meseta de Aspromonte, deseoso de evitar todo encuentro y disponiéndose á marchar hacia el Norte. Allí le alcanzaron, en 29 de agosto, los realistas al mando del coronel Pallavicini. No hubo combate, sino algunas balas cambiadas entre los soldados y los voluntarios más fogosos. Los garibaldinos se rindieron, y con ellos su jefe, que había recibido una herida bastante grave en un pie. Asegurado el triunfo, Víctor Manuel y sus consejeros parecieron asombrados de su firmeza y como embarazados de su victoria. El prisionero era el hombre que, con Cavour y con el mismo soberano, compartía el honor de haber formado la Italia. El grito de *¡Roma ó la muerte!*, dado en las costas de la Italia meridional, había resonado muchas veces en las cámaras, con la diferencia de que Garibaldi daba su sangre donde los demás se contentaban con prodigar sus palabras. En 30 de agosto, el cautivo fué embarcado en una fragata italiana y transportado á Spezzia, donde llegó con una escolta que más parecía hacerle honores militares que custodiarlo. Acudieron muchos agentes para vigilarlo, pero aún tuvo mayor número de médicos para asistirlo en su cura, de patriotas para aclamarlo y de turistas ingleses que se distribuían como reliquias todo lo que él había tocado. Habiendo cundido la noticia de que la herida tenía mal aspecto y la amputación sería necesaria, la ansiedad llegó al colmo de un extremo al otro de la península y nadie la experimentó tan grande como los victoriosos; si Garibaldi muriese de una bala italiana, ¡cuál no sería la suerte de los que le habían herido! Disipada aquella grande alarma, quedó la dificultad del desenlace. ¿Qué hacer del precioso rebelde? ¿A qué jueces se le iba á entregar? ¿A un jurado calabrés? ¿Al Senado? ¿A un consejo de guerra? Mientras tanto, se acababa de anunciar el casamiento de la princesa María Pía, hija de Víctor Manuel, con el rey de Portugal, y los más inteligentes estaban persuadidos de que este enlace ofrecería un pretexto natural para una amnistía. La previsión se realizó, y así el rey se atribuyó el mérito de la clemencia, ahorrándose el terrible fastidio de un proceso.

En las Tullerías habían seguido con una curiosidad extrema la tentativa de Garibaldi. Hasta entonces, entre Turín y Roma, el emperador se había mostrado perplejo, empeñándose inútilmente en conciliar lo inconciliable. La intentona de Aspromonte le sorprendió en esa disposición de ánimo. Los insultos de Garibaldi le irritaron como una ingratitud. Las agitaciones de Italia entibaron su fe en el nuevo reino. Como reinase una grande emoción en el Vaticano, publicóse en el *Monitor* una nota que afirmaba, en términos más enérgicos que de costumbre, los deberes de Francia con el Padre Santo: «Sepa el mundo, añadía el órgano oficial, que

(1) *Monitor* del 25 de agosto de 1862.

Francia no abandona en el peligro á los que ha tomado bajo su protección (1).» Este lenguaje era menos una garantía para el papa que una advertencia para Víctor Manuel. En esto llegó de Italia un mensaje de una lógica singular, de una conclusión más singular todavía, y muy propio para cansar la benevolencia de Napoleón. Podía creerse que los recientes acontecimientos causarían alguna confusión al gobierno italiano. Lejos de excusarse, apoyóse en la rebelión reprimida para reclamar su salario. El 10 de septiembre de 1862, en un despacho á sus agentes diplomáticos, el general Durando, ministro de Negocios extranjeros, invocó la intentona de Garibaldi como un síntoma de la opinión pública, resuelta á abreviar la terminación de la unidad. «La ley ha vencido, decía; pero la consigna de los revolucionarios ha sido esta vez, hay que reconocerlo, la expresión de una necesidad más imperiosa que nunca. La nación entera reclama su capital; si acaba de resistir al impulso inconsiderado de Garibaldi es porque está convencida de que el gobierno del rey sabrá cumplir el mandato que recibió del Parlamento respecto á Roma. El problema ha podido cambiar de aspecto, pero la solución ha venido á ser más urgente.» El general Durando se dirigía á todas las potencias y muy especialmente á los Estados católicos: «Todos reconocerán el peligro de mantener por más tiempo entre Italia y el papado un antagonismo cuya única causa reside en el poder temporal.» La conclusión era que Europa y sobre todo Francia autorizasen cuanto antes á Italia á llevar á término, bajo formas legales, la obra que Garibaldi había intentado torpemente por medio de la violencia.

En su moderación estudiada, este lenguaje era muy atrevido. El resultado fué contrario á las aspiraciones de Italia. En 25 de septiembre, el *Monitor* publicó toda la documentación de las negociaciones intentadas en Roma, durante la primavera última, por el Sr. de La Valette. Hubiérase dicho que Napoleón quería tomar á Europa por testigo de sus infructuosos esfuerzos y dar por terminadas unas gestiones decididamente ilusorias. Si, al desentenderse de los asuntos del nuevo reino, el emperador se hubiese desentendido también de los asuntos romanos, el gabinete de Turín no hubiera perdido en el cambio, y aun hubiera ganado quizá. La incertidumbre fué corta. El 17 de octubre, un verdadero golpe de Estado diplomático marcó claramente la orientación del gobierno imperial. Benedetti en Turín y La Valette en Roma fueron relevados de sus funciones; eran los dos principales *italianísimos*, como les llamaban irónicamente sus adversarios; y Thouvenel, ese otro amigo de Italia, aunque amigo menos apasionado y mucho más atento á las necesidades de la política general, fué al mismo tiempo reemplazado en el ministerio de Negocios extranjeros. La elección de sus sucesores acabó de precisar la evolución. El nuevo embajador en Roma fué el Sr. de La Tour de Auvergne, hermano de un cardenal y personalmente muy afecto á la política conservadora. El nuevo ministro de Negocios extranjeros era el Sr. Drouyn de Lhuys, sacado del profundo retiro en que vivía hacía siete años y cuyo nombre significaba inteligencia con Austria, mantenimiento del *statu quo* territorial y estricta observancia de los tratados.

«Hétenos *desitalianizados* para mucho tiempo,» es-

cribió uno de los contemporáneos al leer los decretos de 17 de octubre (1). Era una exageración. Las disputas de Napoleón con Italia fueron siempre parecidas á esas querellas matrimoniales invariablemente seguidas de reconciliación. Esta vez, sin embargo, el enfriamiento de relaciones fué algo más marcado y menos pasajero que de costumbre. El lenguaje de Drouyn de Lhuys, al tomar posesión de su cargo, fué muy deferente para el Padre Santo, bastante duro en cambio para los consejeros de Víctor Manuel, y sobre todo para el general Durando, que, en su despacho de 10 de septiembre, «se había apropiado, según decían, el programa de Garibaldi.» Habiendo llegado á Roma el Sr. de La Tour de Auvergne, el Padre Santo lo acogió con la más afectuosa confianza, manifestó una grande alegría de verlo, y habló de Francia con gratitud, y de sus propias desdichas sin amargura. Como las fórmulas del lenguaje variasen algo en las esferas oficiales, se insistió mucho menos sobre la obstinación del papa y mucho más sobre la temeridad de Italia. Otra señal de evolución fué la negativa bastante seca de Drouyn de Lhuys á las peticiones de los ministros ingleses, que, en odio al *phariseísmo*, no cesaban de insistir en que las tropas francesas evacuasen Roma. Bajo tales auspicios empezó el año de 1863.

En Turín se observaba con despecho y con una ligera ansiedad aquella evolución. Entonces acudióse, como de costumbre, al buen Arese para que fuese otra vez á hablar con el emperador. La misión del diplomático oficioso fué artísticamente disfrazada bajo un ofrecimiento de concurso: los asuntos de Grecia, de Polonia y otras presagiaban muchas complicaciones; si Napoleón desenvainaba la espada, no le faltaría el apoyo de Italia, la cual combatiría á su lado como en 1855 y en 1859. «He llegado al hotel de Douvres, escribía en 16 de marzo Arese al conde Pasolini, que desempeñaba entonces la cartera de Negocios extranjeros. Apenas instalado, recibí de parte del emperador una invitación á que me alojase en las Tullerías. Después de una resistencia moderada, cedí. Fuí colmado de tantas atenciones, particularmente de parte de la emperatriz, que auguré mal de ellas; temí que se me quisiese pagar con aquella moneda y anduve prevenido.» Acerca de Venecia el emperador empleó un lenguaje que hacía concebir muchas esperanzas. «Todos mis esfuerzos, dijo, tienden á que la obtengáis. —¿Y el Tirol italiano?, atrevióse á preguntar Arese. —¡Ah!, no puedo poner de este modo *los puntos sobre las íes*,» replicó el emperador con una ligera sonrisa y reprimiendo suavemente aquella avidez. Cuando los dos amigos empezaron á hablar de Roma, el soberano mostróse mucho más reservado. «No es posible hacer nada hoy, dijo en tono bastante resuelto; dos veces he tomado ya las disposiciones necesarias para retirar mis tropas, y dos veces las expediciones de Garibaldi me han hecho cambiar de resolución... Todos gritáis en todos los tonos: Queremos Roma, tenemos derecho á ella... Pero, vamos á ver, si, á propósito de la cuestión polonesa, el Sr. Billault dijese al Senado: El Rhin es nuestro, lo queremos, ¿no se diría en toda Europa: El emperador y el Sr. Billault están locos?» Adoptando luego un tono más conciliador, añadió el monarca: «Creedme, estad quietos y tranquilizad al papa.» Y con más doblez que franqueza, dejó escapar como al descuido estas palabras: «Dejad que el Padre Santo adquiera la convicción de que no le atacaréis, y entonces retiraré yo mis tropas, y después haréis lo que os plazca.»

Arese salió de París muy desesperanzado, á pesar de las últimas palabras del emperador. «La proximidad de las elecciones hace que se quiera contar mucho con el clero,» escribió. Haciendo resaltar esta consideración, el enviado italiano daba una prueba de perspicacia. El año que empezaba era el señalado para la renovación del Cuerpo legislativo. El gobierno imperial estaba poco dispuesto á abandonar su actitud hostil en presencia de los jefes del partido religioso, y los dejaba escarner entonces en una comedia famosa (2); pero pretendía retener bajo su bandera el grueso de aquel ejército dócil que había hecho el imperio y hacía doce años que lo sostenía. Esta política exigía que las ruidosas disputas de los años anteriores se olvidasen un poco y que la cuestión romana pudiese ser presentada á las masas católicas como una cuestión, no resuelta sin duda, pero en vías de apaciguarse. Este era el principal motivo de la evolución que acabamos de referir, y en eso se relaciona estrechamente con nuestros negocios exteriores el episodio de los asuntos italianos que hemos creído oportuno relatar aquí.

V

El Cuerpo legislativo había sido ya renovado en 1857. Las elecciones que se preparaban iban á tener mayor importancia. En 1857, el país no vió en las elecciones más que un recuento del plebiscito; en 1863 no aspiraba todavía á dirigir sus negocios, pero mostraba ya el deseo de conocerlos. En 1857, la palabra libertad no hubiera sonado sino en oídos indiferentes: en 1863, esta palabra evocaba toda especie de recuerdos que, unos tras otros, despertaban como se reanima la memoria después de un largo letargo. En 1857, todo lo que había recibido el sello del imperio parecía sospechoso ó anticuado; en 1863, la independencia, que aún no aseguraba la popularidad, no acarrea ya de derecho el ostracismo. En 1857, los hombres de los antiguos partidos hubiesen asustado como espectros: en 1863, los espectros no asustaban ya; la gente se acercaba á ellos con curiosidad, hasta los veía con un vago placer; y, sin que ordinariamente el favor tuviese que llegar hasta el voto, se aventuraba á recordar con una ligera, muy ligera benevolencia, lo que en otro tiempo habían hecho. En 1857, el silencio parecía la principal habilidad y la principal virtud: en 1863, la elocuencia había reconquistado su prestigio. Así es que el cuerpo electoral y las disposiciones de los candidatos habían cambiado. El mandato legislativo, que últimamente había sido desdeñado como un honor pueril ó funciones serviles, iba á ser deseado por los hombres más ilustres. Todo se había agrandado, y muy particularmente el círculo de las cosas á defender. En 1857, el emperador protegía de tan alto todos los intereses morales ó materiales, que los hombres de orden no podían abrirse camino sino ab-

(1) Vieil-Castel, *Memoires*, tomo VI, pág. 195.

(2) *Le fils de Giboyer*.